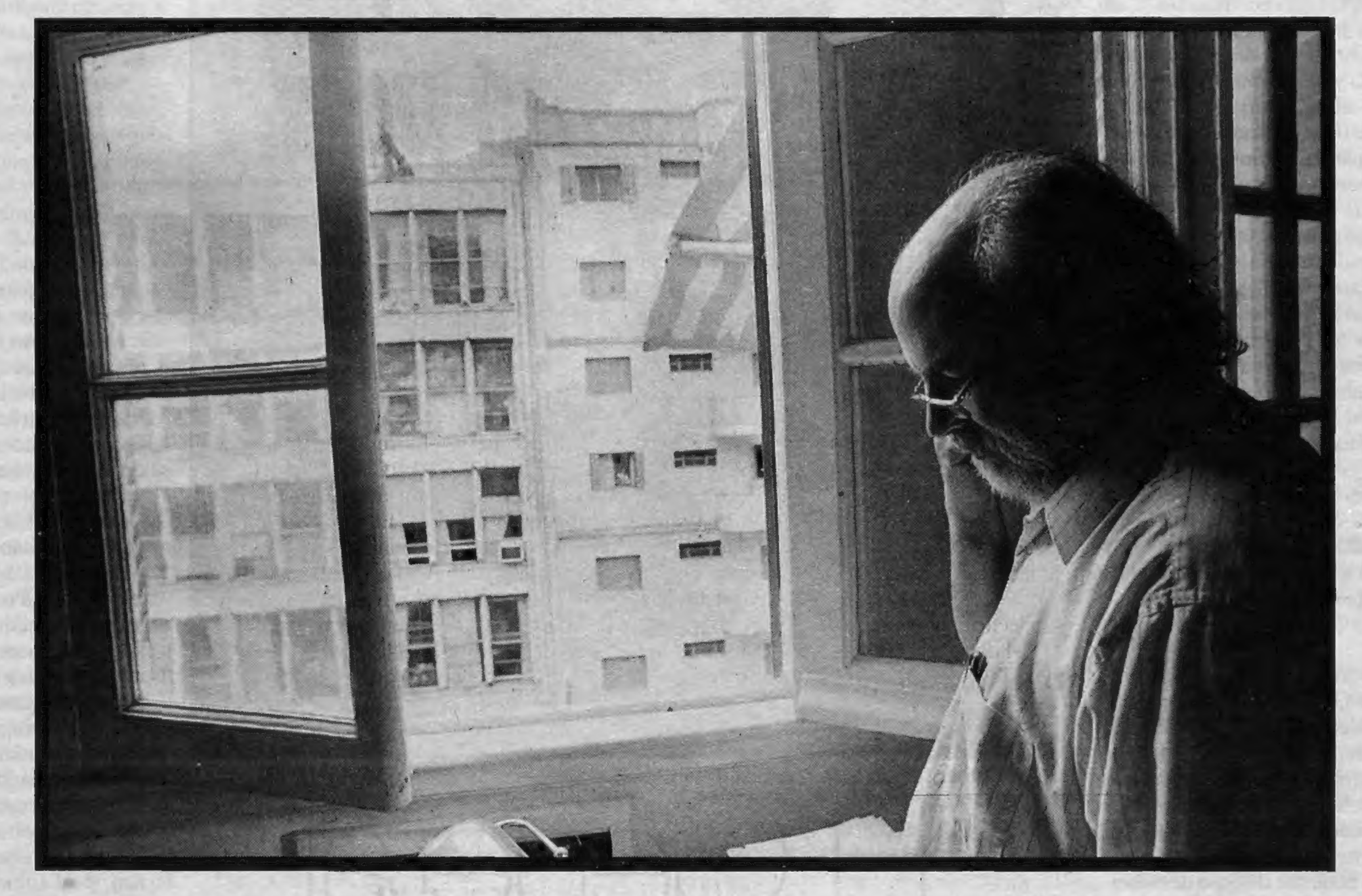
Sasturain



Buscado vivo

El general Rosca, conquistador de la nada es un cuento viejo. Fue escrito a principios de los ochenta, a fines de la dictadura. La versión original era parte de una serie –*Buscados vivos*, o algo así– más o menos humorística, de personajes apócrifos fraguados a partir del ostensible modelo de la *Historia universal de la infamia* borgeano. Apareció en una efímera revista mensual de entonces, con buenos dibujitos inclusive, creo que en dos entregas. Luego lo siguió *San Jodete, el apóstol de la desgracia* y me parece que ahí se interrumpió la lista.

Hace un tiempo, reescrito pero no lo suficiente, Rosca desfiló como uno de los cuentos reunidos en *Zenitram*, que publicó Ediciones del Sol sin que nadie se enterara. De ahí lo recogió el año pasado Guillermo Saavedra para la antología *Cuentos de historia argentina*, de Alfaguara, y un amigo me llamó por teléfono para decirme que le había gustado mucho. A mí también, pero ya no tanto.

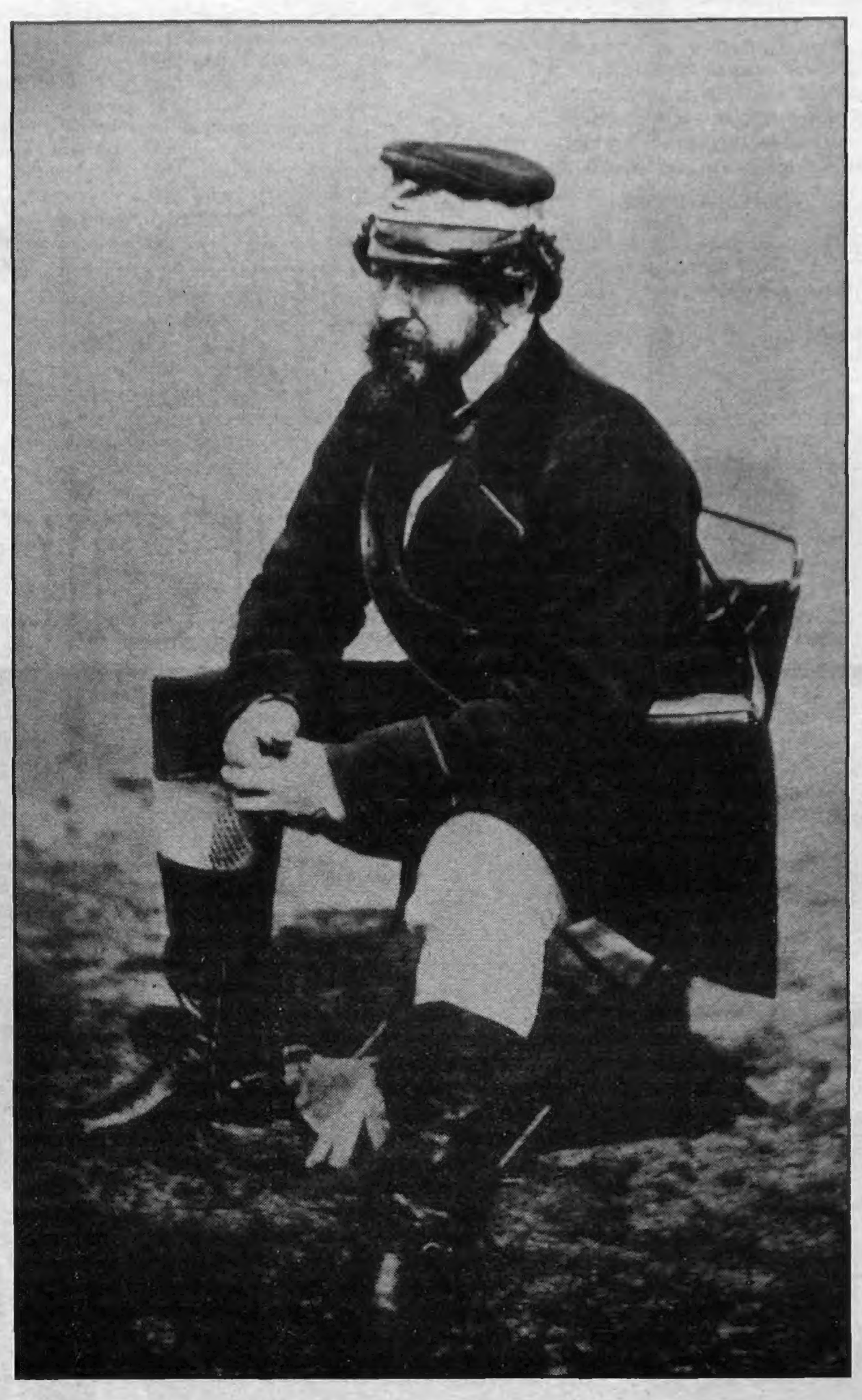
Pese a que ya lo he aligerado una vez, como quien suelta lastre de un globo excesivamente cargado, la sensación de demasiadas y apretadas cosas persiste. Tal vez esté en su naturaleza. A esta altura *El general Rosca, conquistador de la nada* es un relato –como diría Carlos Trillo– inmejorable. En todos los sentidos.



Presentación de J. S.

El General **Rosca**, conquistador de la **nada**

Por Juan Sasturain



I

S*outh of the border*, un detestable ensayo publicado en 1946 por el periodista neoyorquino George Miles en el que relata sus impresiones de viaje por Latinoamérica –estuvo una semana en Buenos Aires, lo reportearon en *La Nación*, vio un Boca-River y comió asado en Sierra de la Ventana– es el único libro que recoge, burlonamente por supuesto, la singular epopeya del General Rosca: "Cornelius Roska (sic) and the Empty Empire" se titula el breve capítulo de poco más de tres páginas plagadas de inexactitudes.

Miles, menos crédulo que irónico, dice haber escuchado la historia de boca de "paisanos del lugar" –se refiere a la zona de Tornquist, en el oeste bonaerense– y haberla confirmado con el testimonio de "hombres doctos de la capital". Después trata de explicar el silencio generalizado al respecto y la inexistencia de mención alguna en la bibliografía histórica de la Argentina contemporánea con argumentos que le sirven para reforzar su pobre imagen de nuestra sociedad: "Probablemente, la grotesca desmesura, la estupidez esencial de Roska y su empresa hayan motivado el pacto de silencio colectivo, el pudor mal entendido de una sociedad que hace del cuidado de las apariencias una disciplina de estricta observancia" concluye con desagradable perspicacia.

Aunque todo haría pensar que el soberbio yanqui fue objeto de una criolla y fenomenal cachada –según la terminología de entonces–, una investigación apenas sostenida por la constancia en revisar archivos, consultar las colecciones de diarios y tomar un par de trenes de larga distancia ha servido para ratificar que el general Rosca fue y es algo más que una imagen fuera de foco en un libro nunca traducido.

Lo que sigue son los apuntes resultado de esa investigación, el intento de darle al personaje una carnadura diferente de la mera y sospechosa sustancia de la que están hechos los sueños o las pesadillas.

II

En la plaza de Villa Sarratea, oscuro pueblo del partido de Carhué por donde pasó como una ráfaga alucinada la expedición del malogrado militar, existe el único homenaje que la comunidad ha brindado al general Rosca. Absortos escolares suelen acercarse a él en salteados y poco fiables aniversarios; obstinadas palomas lo frecuentan a diario.

Es una estatua ecuestre de base demasiado pequeña y accesible para su pretendido esplendor. El general aparece empinado sobre los estribos y el caballo caracoleante que en realidad nunca tuvo pedalea en el aire apenas apoyado en tierra por las patas traseras. El brazo extendido al frente y la mirada severa vuelta a sus espaldas pretenden sugerir la inminencia de una carga, la incitación vigorosa a sus aguerridas huestes. Sin embargo, el efecto resultante –muy eficaz, probablemente no deseado– es de inestabilidad: el general Rosca, con todo el esplendor de sus charreteras de utilería, los bigotazos quiroguianos y las condecoraciones que le agobian el pecho, parece a punto de ser desmontado. El duro suelo pampeano está más cerca de sus frágiles espaldas que la escurridiza gloria del extremo de su sable extendido, sin óxido ni mella.

Al pie, la leyenda escueta y definitiva: *Al General Rosca, Conquistador de la Nada, 1879-1931.* La firma en el bronce es casi ilegible aunque se supone el seudónimo de un artesano francés de Le Havre al que el mismísimo general encargó la obra incluso antes de partir al Sur. Utilizando el dinero de una turbia colecta popular que lanzó *Crítica* para financiar la expedición, Rosca se garantizó la inmortalidad del bronce pagando por adelantado.

Según la leyenda, tras padecer múltiples demoras burocráticas la estatua llegó al puerto de Buenos Aires años después, ya muerto y semiolvidado el delirante militar, y permaneció en depósito sin que nadie la reclamara. Cuando estaba a punto de ser fundida o entregada a subasta, un funcionario de la Aduana oriundo de Carhué que conocía la historia convenció al intendente y logró la donación y el posterior traslado a Villa Sarratea, que tenía su pobre plaza acéfala.

La inauguración de la estatua obligó a rastrear datos, reunir información (inventarla, en muchos casos) e ir perfilando la figura fantasmal de Rosca. El monumento –realizado por un extranjero y a partir de pocos datos: un par de fotografías tipo carnet y una carta de puño y letra del general que incluye descripción del uniforme y detalles de postura y actitud– no es acaso fiel en los pormenores pero sí lo revela milagrosamente en su auténtica entretela de mariscal napoleónico embarcado en una cruzada fuera de tiempo y lugar.

En la biblioteca del Concejo Deliberante de Carhué se conserva el diario de campaña –un testimonio fantástico sólo comparable con las crónicas de Ulrico Schmidel– que registra una cotidianeidad heroica que tal vez nada tenga que ver con la monotonía de muchísimas jornadas en las que la mayor aventura era cazar una vizcacha.

Todo hace suponer, entonces, que quienquiera haya sido en realidad Cornelio Rosca, supo ser él; a contrapelo de una realidad escéptica y dura como la Sierra de la Ventana, se fabricó una biografía y un destino diferentes.

Estos apuntes no aspiran a perfilar un nuevo mito pero tampoco consienten en reducir su flagrante epopeya al simple registro de las burlonas crónicas policiales y la equívoca tradición oral que tan mal lo conservaron para la posteridad.

III

Nadie sabe a ciencia cierta quién era el hombre que aquella mañana de primavera de 1929 entró en el despacho inexpugnable del ya vapuleado Hipólito Yrigoyen y le propuso materializar su sueño: realizar la tercera Campaña del Desierto.

Nadie sabe tampoco por qué el reiterado presidente le dio su tácita conformidad, lo hizo meter en el mordisqueado presupuesto nacional con una partida especial y le entregó un extraño salvoconducto que luego, en sus manos, significaría tanto patente de corsario como permiso discrecional para armar tropa, movilizar contingente, censar indígenas y fundar poblaciones, entre otras enormidades.

Para algunos, el hombre capaz de arrancarle al cauteloso Peludo semejantes concesiones no era otro que Cornelius Roskawicz, teniente de caballería polaco al que los prusianos corrieron hasta el mar y los barcos en la guerra del catorce y que recaló –ambiguo destino– de mozo en una lechería de Corrientes y Talcahuano que solían frecuentar Nicolás Olivari y un Scalabrini Ortiz que no había descubierto aún la perversidad inglesa. En *El gato escaldado*, libro de poemas con que Olivari ganó el Premio Municipal en 1929, entre prostitutas que van de la vereda a la esquina y de la esquina al bar habría alguna referencia útil para identificar al extraño polaco. No es suficiente, sin embargo.

Hay otros, más escépticos, que cuentan una historia diferente y no menos novelesca. Según esta versión, el omnímodo Natalio Botana sería responsable de una patraña descomunal. Se le atribuye a Roberto Arlt la suposición de que ante una crisis de ventas de *Crítica*, y tal como ya alguna vez había hecho con un dinosaurio de la Patagonia, Botana inventó un loco aventurero y lo mandó a primera plana. Lo imprevisto fue que el loco se tomó el papel en serio y se les fue de las manos. No es casual que Arlt sostuviera esa posibilidad: su drama *Saverio el cruel*, escrito por entonces, juega con una idea similar.

La cuestión es que nadie lo desmintió formalmente desde *Crítica*. De tal modo, la idea creció y tomó perfiles verosímiles: el hombre adiestrado por Botana para la farsa habría sido un empleado de archivo que se decía descendiente de guerreros de la Independencia y mostraba febril inclinación por kepis, mangrullos y uniformes de época. Se llamaba en realidad Tobías González Pacheco, estaba clínicamente loco, y el "Rosca" con que se lo bautizó no fue sino un invento que combinaba los nombres de los jefes de las dos expediciones al desierto anteriores –Rosas en 1833 y Roca en 1879– en un apellido que al mismo tiempo aludía irónicamente al malestar castrense del momento que pronto desembocaría en la revolución del 6 de septiembre de 1930.

Algunos puntos de contacto con ésta tiene la tercera teoría, que atribuye la invención de la campaña al mismo Yrigoyen, deseoso de distraer a la opinión pública de los desbarajustes económicos y sociales que le socavaban el consenso obtenido sólo un año antes. En este caso, el enigmático personaje sería realmente Cornelio Rosco (sic), cuñado del

De Cuentos de historia argentina, Alfag



El General **Rosca**, conquistador de la **nada**

Por Juan Sasturain

I

South of the border, un detestable ensayo publicado en 1946 por el periodista neoyorquino George Miles en el que relata sus impresiones de viaje por Latinoamérica –estuvo una semana en Buenos Aires, lo reportearon en *La Nación*, vio un Boca-River y comió asado en Sierra de la Ventana– es el único libro que recoge, burlonamente por supuesto, la singular epopeya del General Rosca: "Cornelius Roska (sic) and the Empty Empire" se titula el breve capítulo de poco más de tres páginas plagadas de inexactitudes.

Miles, menos crédulo que irónico, dice haber escuchado la historia de boca de "paisanos del lugar" –se refiere a la zona de Tornquist, en el oeste bonaerense– y haberla confirmado con el testimonio de "hombres doctos de la capital". Después trata de explicar el silencio generalizado al respecto y la inexistencia de mención alguna en la bibliografía histórica de la Argentina contemporánea con argumentos que le sirven para reforzar su pobre imagen de nuestra sociedad: "Probablemente, la grotesca desmesura, la estupidez esencial de Roska y su empresa hayan motivado el pacto de silencio colectivo, el pudor mal entendido de una sociedad que hace del cuidado de las apariencias una disciplina de estricta observancia" concluye con desagradable perspicacia.

Aunque todo haría pensar que el soberbio yanqui fue objeto de una criolla y fenomenal cachada –según la terminología de entonces–, una investigación apenas sostenida por la constancia en revisar archivos, consultar las colecciones de diarios y tomar un par de trenes de larga distancia ha servido para ratificar que el general Rosca fue y es algo más que una imagen fuera de foco en un libro nunca traducido.

Lo que sigue son los apuntes resultado de esa investigación, el intento de darle al personaje una carnadura diferente de la mera y sospechosa sustancia de la que están hechos los sueños o las pesadillas.

II

En la plaza de Villa Sarratea, oscuro pueblo del partido de Carhué por donde pasó como una ráfaga alucinada la expedición del malogrado militar, existe el único homenaje que la comunidad ha brindado al general Rosca. Absortos escolares suelen acercarse a él en salteados y poco fiables aniversarios; obstinadas palomas lo frecuentan a diario.

Es una estatua ecuestre de base demasiado pequeña y accesible para su pretendido esplendor. El general aparece empinado sobre los estribos y el caballo caracoleante que en realidad nunca tuvo pedalea en el aire apenas apoyado en tierra por las patas traseras. El brazo extendido al frente y la mirada severa vuelta a sus espaldas pretenden sugerir la inminencia de una carga, la incitación vigorosa a sus aguerridas huestes. Sin embargo, el efecto resultante –muy eficaz, probablemente no deseado– es de inestabilidad: el general Rosca, con todo el esplendor de sus charreteras de utilería, los bigotazos quiroguianos y las condecoraciones que le agobian el pecho, parece a punto de ser desmontado. El duro suelo pampeano está más cerca de sus frágiles espaldas que la escurridiza gloria del extremo de su sable extendido, sin óxido ni mella.

Al pie, la leyenda escueta y definitiva: *Al General Rosca, Conquistador de la Nada, 1879-1931*. La firma en el bronce es casi ilegible aunque se supone el seudónimo de un artesano francés de Le Havre al que el mismísimo general encargó la obra incluso antes de partir al Sur. Utilizando el dinero de una turbia colecta popular que lanzó *Crítica* para financiar la expedición, Rosca se garantizó la inmortalidad del bronce pagando por adelantado.

Según la leyenda, tras padecer múltiples demoras burocráticas la estatua llegó al puerto de Buenos Aires años después, ya muerto y semiolvidado el delirante militar, y permaneció en depósito sin que nadie la reclamara. Cuando estaba a punto de ser fundida o entregada a subasta, un funcionario de la Aduana oriundo de Carhué que conocía la historia convenció al intendente y logró la donación y el posterior traslado a Villa Sarratea, que tenía su pobre plaza acéfala.

La inauguración de la estatua obligó a rastrear datos, reunir información (inventarla, en muchos casos) e ir perfilando la figura fantasmal de Rosca. El monumento –realizado por un extranjero y a partir de pocos datos: un par de fotografías tipo carnet y una carta de puño y letra del general que incluye descripción del uniforme y detalles de postura y actitud– no es acaso fiel en los pormenores pero sí lo revela milagrosamente en su auténtica entretela de mariscal napoleónico embarcado en una cruzada fuera de tiempo y lugar.

En la biblioteca del Concejo Deliberante de Carhué se conserva el diario de campaña –un testimonio fantástico sólo comparable con las crónicas de Ulrico Schmidel– que registra una cotidianeidad heroica que tal vez nada tenga que ver con la monotonía de muchísimas jornadas en las que la mayor aventura era cazar una vizcacha.

Todo hace suponer, entonces, que quienquiera haya sido en realidad Cornelio Rosca, supo ser él; a contrapelo de una realidad escéptica y dura como la Sierra de la Ventana, se fabricó una biografía y un destino diferentes.

Estos apuntes no aspiran a perfilar un nuevo mito pero tampoco consienten en reducir su flagrante epopeya al simple registro de las burlonas crónicas policiales y la equívoca tradición oral que tan mal lo conservaron para la posteridad.

III

Nadie sabe a ciencia cierta quién era el hombre que aquella mañana de primavera de 1929 entró en el despacho inexpugnable del ya vapuleado Hipólito Yrigoyen y le propuso materializar su sueño: realizar la tercera Campaña del Desierto.

Nadie sabe tampoco por qué el reiterado presidente le dio su tácita conformidad, lo hizo meter en el mordisqueado presupuesto nacional con una partida especial y le entregó un extraño salvoconducto que luego, en sus manos, significaría tanto patente de corsario como permiso discrecional para armar tropa, movilizar contingente, censar indígenas y fundar poblaciones, entre otras enormidades.

Para algunos, el hombre capaz de arrancarle al cauteloso Peludo semejantes concesiones no era otro que Cornelius Roskawicz, teniente de caballería polaco al que los prusianos corrieron hasta el mar y los barcos en la guerra del catorce y que recaló –ambiguo destino– de mozo en una lechería de Corrientes y Talcahuano que solían frecuentar Nicolás Olivari y un Scalabrini Ortiz que no había descubierto aún la perversidad inglesa. En *El gato escaldado*, libro de poemas con que Olivari ganó el Premio Municipal en 1929, entre prostitutas que van de la vereda a la esquina y de la esquina al bar habría alguna referencia útil para identificar al extraño polaco. No es suficiente, sin embargo.

Hay otros, más escépticos, que cuentan una historia diferente y no menos novelesca. Según esta versión, el omnímodo Natalio Botana sería responsable de una patraña descomunal. Se le atribuye a Roberto Arlt la suposición de que ante una crisis de ventas de *Crítica*, y tal como ya alguna vez había hecho con un dinosaurio de la Patagonia, Botana inventó un loco aventurero y lo mandó a primera plana. Lo imprevisto fue que el loco se tomó el papel en serio y se les fue de las manos. No es casual que Arlt sostuviera esa posibilidad: su drama *Saverio el cruel*, escrito por entonces, juega con una idea similar.

La cuestión es que nadie lo desmintió formalmente desde *Crítica*. De tal modo, la idea creció y tomó perfiles verosímiles: el hombre adiestrado por Botana para la farsa habría sido un empleado de archivo que se decía descendiente de guerreros de la Independencia y mostraba febril inclinación por kepis, mangrullos y uniformes de época. Se llamaba en realidad Tobías González Pacheco, estaba clínicamente loco, y el "Rosca" con que se lo bautizó no fue sino un invento que combinaba los nombres de los jefes de las dos expediciones al desierto anteriores –Rosas en 1833 y Roca en 1879– en un apellido que al mismo tiempo aludía irónicamente al malestar castrense del momento que pronto desembocaría en la revolución del 6 de septiembre de 1930.

Algunos puntos de contacto con ésta tiene la tercera teoría, que atribuye la invención de la campaña al mismo Yrigoyen, deseoso de distraer a la opinión pública de los desbarajustes económicos y sociales que le socavaban el consenso obtenido sólo un año antes. En este caso, el enigmático personaje sería realmente Cornelio Rosco (sic), cuñado del caudillo radical, oficial reservista y actor de teatro aficionado que habría, en principio, propuesto la realización de una recreación-homenaje al cumplirse el cincuentenario de la campaña de Roca.

Rosco habría logrado interesar a algunos mandos militares con la idea de una marcha hacia el sur con uniformes de época, reconstrucción de fortines y algún combate fraguado. Todo sería registrado para incorporarlo luego a un film semidocumental en el que estaba trabajando el negro Ferreyra. Una posibilidad no menos verosímil que las otras.

Polaco corrido de la historia europea que termina de mozo en Corrientes angosta sin bajarse del todo del caballo; archivero loco y militarista en manos de un desaprensivo magnate de la prensa o lejano pariente del poder capaz de seducirlo con delirios de homenaje, el histórico general Rosca importa poco frente al fulgor fantástico de su cruzada sin objeto.

IV

No bien abandonó el despacho presidencial, Cornelio Rosca se puso en movimiento y no paró hasta haber obtenido, en poco más de dos meses, todos los apoyos financieros necesarios para su empresa. Si Colón consiguió que Isabel vendiera sus joyas y San Martín persuadió a las damas de la sociedad mendocina para que se deshicieran de sus valiosas chucherías para comprarle cañones a la independencia americana, el sagaz Rosca no se quedó atrás.

No apeló a reservas familiares de las que sin duda carecía ni buscó auxilio en mastodontes oligárquicos como la Sociedad Rural o el Círculo Militar de los que sólo podría obtener recelo o sospechosa condescendencia. Lo suyo fue más moderno y osado: consiguió auspicios y algo de dinero de Jabón Federal, fósforos Ranchera, cigarrillos Brasil-La Hija del Toro y el amargo Chinato Garda, y enarboló sin pudor un estandarte reversible con la banderita argentina de un lado y la consigna "Lea Crítica" del otro. Los uniformes se los alquiló al Teatro Argentino de La Plata –que nunca cobró– y el centenar de fusiles máuser, en su mayoría inservibles, que cargó al hombro su raleada tropa son probablemente los que desaparecieron por esa fecha de un arsenal de Magdalena cuando se había dispuesto inutilizarlos antes de terminar en las vitrinas del Museo Histórico Nacional.

En este episodio de los fusiles parece haber intervenido el cabo desertor Elio Chiapucciero –"Chapucero" en las crónicas intencionadas de la época y en la tradición oral– que se convertiría en ladero fiel de Rosca y figura insoslayable de la campaña. Chapucero no sólo se presentó espontáneamente para ofrecer las armas "que sabía cómo conseguir" sino que se ocupó de reclutar entre los desocupados de la crisis que ya se venía, la tropa o la comparsa de extras que necesitaba la ambigua empresa de Rosca.

En realidad, fue el desaforado cabo desertor, un veterano de campañas inexistentes, el loco necesario para llenar de contenido lo que era sólo una fantochada.

Hacia finales de la primavera, todo estuvo listo. Sin embargo, la partida desde Buenos Aires no tuvo el brillo que Rosca había soñado: la Plaza de los Dos Congresos embanderada y un palco poblado de autoridades saludando el paso marcial de sus hombres, el relumbrón del sol de diciembre en la grupa de sus cabalgaduras.

En una resolución que sólo era la primera muestra de las dificultades que acompañarían como una sombra el desarrollo de la expedición, a último momento la municipalidad de Buenos Aires no autorizó la circulación de caballos y piezas de artillería por las calles céntricas.

Ajustado de presupuesto, Rosca optó por el mal menor: fletó animales y enseres por ferrocarril hasta Azul mientras jefes y tropas se apretaban en media docena de sudorosos camiones alquilados.

Finalmente, ante la curiosidad y el desconcierto de la población que se fue reuniendo espontáneamente alrededor del campamento montado en las afueras de Azul, Rosca y sus hombres partieron en campaña la madrugada del 4 de diciembre de 1929.

V

Un par de boyeritos y un veterano rastreador de la zona incorporados a último momento fueron de más utilidad que los viejos e ilegibles mapas militares para guiarse, siempre en dirección al sudoeste, por los polvorientos caminos vecinales.

Toda empresa aventurera supone la dificultad previa, necesita de un obstáculo a vencer, la oposición de cualquiera de las manifestaciones genéricas del Mal que la justifiquen. Para que haya héroe ha de haber un malvado. Y el problema del general Rosca, convertido en obsesión una vez superadas las peripecias para proveerse de gente, dinero y equipamiento, fue encontrar al enemigo.

Enseguida quedó claro que aunque la expedición no trataba de alcanzar un objetivo militar –por otra parte inexistente– se proponía, desde el momento mismo de su concepción, una tarea aún más desmesurada: conjurar con su gesto un ademán simétrico del otro lado, materializar a esos bravos y fantasmales pampas perdidos en el polvo del tiempo y la metafísica llanura.

Desde esa perspectiva –y desde cualquier otra, en realidad– la aventura fue un fracaso que sólo los delirios consignados en el sospechoso diario de campaña atribuido al general tratan en vano de disimular. Por otra parte, los siete meses que duró la devaluada cruzada de Rosca y el fervoroso Chapucero –comenzó cabo, terminó coronel– no han dejado demasiadas huellas en la memoria de los pobladores de la zona ni en las publicaciones de la época. Así, es difícil poder reconstruir el itinerario preciso que siguió la tropa, los incidentes que debió afrontar y las circunstancias que la convirtieron al poco tiempo en una raleada banda de alucinados.

Ya en los primeros días de enero llegaron a Bahía Blanca –a pie y en estado lamentable después de recorrer más de veinte leguas– los primeros desertores. Los tres reclutas casi adolescentes, fugados de un orfanato de Quilmes e integrados a las filas por Chapucero con promesa de protección, contaron una historia que nadie creyó. De su ingenuo relato, –cuya síntesis sería: "Nos escapamos antes de que los indios nos mataran"– se deduce que optaron por abandonar el servicio ante la inminencia del choque con inusitados salvajes. Y es allí donde aparece por primera vez mencionado el nombre del furibundo Bartolomé Chilquén.

VI

Mítico capitanejo mapuche, el octogenario cacique veterano de los últimos malones del siglo XIX había enterrado la lanza y –mal y tardíamente evangelizado– se dejaba estar por entonces en tierras muy lejanas a las suyas, prestadas por el fisco en la ladera sur de la Sierra de la Ventana. Allí, el puñado de familias que reconocía su liderazgo cultivaba una decena de hectáreas y se dedicaba a la cría de caballos y a la confección rutinaria de ponchos y artesanías sin arte ni mercado.

Puede suponerse que Rosca había previsto un saludo formal, una simple visita a la reserva salvaje dentro del itinerario de la expedición. Al menos eso se desprende del diario de campaña: "Hacia el atardecer del 21 de diciembre avistamos hacia el oeste las tolderías de Chilquén y, ante la fatiga de la tropa, opté por acampar esa noche a orillas de un arroyo para asearnos y reponer energías. Nos esperaba un emotivo día de fiesta", consigna el general. Nada indica una actitud agresiva.

Hay otra hipótesis, sin embargo, descabellada aunque más plausible teniendo en cuenta a los personajes implicados y cómo se desarrollaron después los hechos: Rosca y el beligerante Chapucero sabían de la fama del bravo Chilquén y fueron –sin aviso ni embajadas– directamente a buscarlo. Cuando el mapuche vio una polvareda hacia el levante, apoyó la oreja en el suelo y sintió un rumor inconfundible que venía de lejos en el tiempo. El, que había visto y oído a pie firme lo inaudito cuando llegó el ferrocarril y supo lancear a un Ford T que se atrevió a cruzar sus tierras, no pudo soportar la visión de esos fantasmas que venían por él después de medio siglo. Supersticioso –o demasiado realista tal vez–, no creyó en la materialidad de lo que veía. Y entonces huyó.

A la mañana siguiente, Rosca y su gente pisaron los fuegos mal apagados que echaban un clásico humo gris en medio del campamento vacío, tibio todavía, y vieron el temor en los gestos de los viejos indios rezagados que los observaban incrédulos, semiocultos entre la arboleda contigua. Los falsos soldados interrogaron a un par de ellos y creyeron o quisieron ver en el silencio un gesto hostil. Hubo insultos, alguna mano que se arrimó al sable y pronto palos y piedras que volaron anónimos desde los pastizales. La carga de caballería que respondió a la agresión –tres jinetes que se embarraron hasta la verija en el lodazal que anticipaba la laguna cercana– no encontró enemigos mayores de diez años.

A partir de este episodio la difusa campaña tiene una dirección y un infructuoso objetivo: encontrar a Chilquén. Sólo esta obstinada vocación perseguidora justifica el dibujo que va dejando sobre el mapa de la zona el imprevisto itinerario de la tropa: un zigzag violento que pareciera ir cosiendo toscamente sobre el pespunte del límite vertical entre Buenos Aires y La Pampa, primero de sur a norte hasta Villegas, luego de regreso como quien asegura una costura.

La carga contra los jabalíes en Casbas, la reconstrucción parcial y el repoblamiento por dos semanas del fortín La Humedad –por entonces ya lugar histórico– hasta ser desalojados por la policía y la irrupción de la hambrienta caballada en un partido de fútbol en Villa Iris con el consabido escándalo son episodios recordados con más cariño que ironía por los pobladores de la zona, saturados de monotonía.

Pero el fervor de las arengas de Chapucero a la cada vez más diezmada tropa, la hermética obstinación de Rosca en hallar a los infieles que le jugaban a las escondidas y la increíble lealtad de una decena de alucinados que lo seguían tuvo una vez –sólo una vez– recompensa.

Fue a la salida de Puan, en la chacra de don Bermejo Gómez, un domingo de fines de verano, a la siesta. La descripción del diario de campaña no puede ser más gráfica: "Desde atrás de un maizal, entre los ladridos de los perros y el desbande de las batarazas de la chacra, entre ocho y doce pampas bien montados, cargaron sobre nosotros". La tropa descansaba dispersa entre la arboleda a un costado del camino después de un asado de cordero y media docena de damajuanas de vino, cuando alguien pegó el grito. Se agruparon los hombres de Rosca y aguantaron mal que mal la primera embestida. A los gritones y veteranos indígenas reclutados por Chilquén, que acompañó el incidente al trote y puteándolos en castellano, les sobraba rabia. Sin embargo, les faltaron vigor y gimnasia guerrera.

Cuando los salvajes volvieron por más, el polvo levantado y el yuyal crecido colaboraron en la confusión del entrevero. Hubo ostensibles borrados, menudearon las corridas, los bolazos al aire y las balas perdidas en una especie de danza imprecisa de gritos y sablazos en la que prácticamente todo el mundo quedó de a pie y a los revolcones.

Ya sea por torpeza o por falta de armas aptas, el combate se deshacía en empujones, zancadillas y cabezas machucadas en el cuerpo a cuerpo, cuando una lanza se clavó cimbreante a los pies de Rosca. Levantó la mirada y con el sol a sus espaldas, recortado contra un cielo enceguecedor, allí estaba Chilquén, soberbio y distante a veinte metros. "Vi los ojos inyectados en sangre, el odio ancestral de una raza indomable en la expresión del salvaje" dice el general con minucioso e improbable detalle en la parte más atractiva de su diario. Después pretendió ir en busca de su enemigo, pero el mapuche dio desdeñosas grupas a la reyerta y con un grito ordenó la retirada.

Al ver cómo los últimos salvajes escapaban saltando un tapial que daba al cementerio de Puan, el general Rosca sintió que había tocado el dobladillo del vestido de la Gloria.

Durante los cuatro últimos meses de campaña que siguieron a la escaramuza de Puan, cualquiera haya sido su auténtica envergadura, el general Rosca jamás volvió a encontrar a los indios. El fantasma emponchado del escurridizo Chilquén lo acompañaría hasta el final de sus días.

En su marcha hacia el sur, la expedición fue deshilachándose, perdiendo hombres y sentido. La soñada epopeya se hizo cada vez más improbable y los episodios que ha recogido la prensa sobre la marcha tienen el equívoco tono de lo grotesco.

El diario *La Arena* de Santa Rosa, en su edición del 25 de abril de 1930, describe el sorpresivo ataque "de una turba de disfrazados" al circo de los Hermanos Villalba en un descampado de Salliqueló. Según el periódico, el saldo de la incursión punitiva contra los trashumantes, cuyo único aparente delito había sido armar su carpa durante la noche en las cercanías del campamento del general Rosca, fue de dos enanos prisioneros, un domador molido a talerazos y la trapecista incorporada al contingente como cuartelera, un detalle no previsto al partir de Azul. Cuatro caballos y una foca, únicos animales del modesto ringlin pampeano, también fueron secuestrados.

La foca animó los fogones de la tropa desde un fuentón con ruedas durante semanas, hasta que alguien, cansado de arrastrar el tacho a través de la Patagonia, tuvo la desgraciada idea de tirarla a las aguas del Colorado. Nunca más se supo.

Lo que vino después fue el final previsto y desprolijo, la deriva hacia una módica delincuencia. Cuando el suboficial de policía Restelli los internó, a Rosca, Chapucero, uno de los enanos que se les habían unido y dos veteranos en el frío calabozo de la comisaría de Zapala, el cargo era "Intento de robo de un ternero en la chacra de Pereyra". Así de escueto y definitivo.

La perspectiva era encarar un invierno irreversible pero Rosca se movió con sus restos de lucidez para malvender lo que le quedaba, coimear a un funcionario provincial de Justicia y conseguir una orden de arriba que los librara del escarnio público.

Los mandaron a Buenos Aires en la dura tablita de la tercera del Roca para que miraran desde la ventanilla la Nada que empecinadamente habían conquistado. Recién entonces, con la frente apoyada en el frío vidrio de la ventanilla y la mano izquierda perdida en el pelo pajizo de la trapecista que dormitaba apoyada en su hombro, el malogrado general Rosca, sin caballo ni uniforme, sintió que su sueño de gloria había terminado.

Dicen que hizo cola infructuosa en las antesalas de Yrigoyen. Del último Yrigoyen. Nadie le hizo caso, nadie dio lugar a sus reclamos. Ni siquiera los militares, ocupados como estaban en inaugurar el golpe de Estado, una aventura que hasta el impredecible coronel Chapucero hubiera desautorizado. Pero ésa ya es otra historia, triste, repetida y sin la locura romántica del general Rosca.

Cuando murió –o se lo dio por muerto junto a media docena de desaparecidos– en el naufragio de una lancha en el Tigre el verano siguiente, Rosca y su hueca epopeya no merecieron siquiera la mención de los grandes diarios, incluso de *Crítica*, que lo había empujado al desierto y prestado su bandera. Tuvo que venir un yanqui, casi dos décadas después, a contarnos prejuiciosamente una aventura demasiado estúpida o patética para nuestros oídos.

Cornelio Rosca no tiene tumba ni fotografía inequívoca que lo recuerde. En la plaza marchita de un pueblo de la provincia de Buenos Aires, las palomas se ensañan con la estatua ecuestre inventada por un anónimo artista francés que no lo conoció. ■

De Cuentos de historia argentina, Alfaguara (1998).

caudillo radical, oficial reservista y actor de teatro aficionado que habría, en principio, propuesto la realización de una recreación-homenaje al cumplirse el cincuentenario de la campaña de Roca.

Rosco habría logrado interesar a algunos mandos militares con la idea de una marcha hacia el sur con uniformes de época, reconstrucción de fortines y algún combate fraguado. Todo sería registrado para incorporarlo luego a un film semidocumental en el que estaba trabajando el negro Ferreyra. Una posibilidad no menos verosímil que las otras.

Polaco corrido de la historia europea que termina de mozo en Corrientes angosta sin bajarse del todo del caballo; archivero loco y militarista en manos de un desaprensivo magnate de la prensa o lejano pariente del poder capaz de seducirlo con delirios de homenaje, el histórico general Rosca importa poco frente al fulgor fantástico de su cruzada sin objeto.

IV

No bien abandonó el despacho presidencial, Cornelio Rosca se puso en movimiento y no paró hasta haber obtenido, en poco más de dos meses, todos los apoyos financieros necesarios para su empresa. Si Colón consiguió que Isabel vendiera sus joyas y San Martín persuadió a las damas de la sociedad mendocina para que se deshicieran de sus valiosas chucherías para comprarle cañones a la independencia americana, el sagaz Rosca no se quedó atrás.

No apeló a reservas familiares de las que sin duda carecía ni buscó auxilio en mastodontes oligárquicos como la Sociedad Rural o el Círculo Militar de los que sólo podría obtener recelo o sospechosa condescendencia. Lo suyo fue más moderno y osado: consiguió auspicios y algo de dinero de Jabón Federal, fósforos Ranchera, cigarrillos Brasil-La Hija del Toro y el amargo Chinato Garda, y enarboló sin pudor un estandarte reversible con la banderita argentina de un lado y la consigna "Lea Crítica" del otro. Los uniformes se los alquiló al Teatro Argentino de La Plata –que nunca cobró– y el centenar de fusiles máuser, en su mayoría inservibles, que cargó al hombro su raleada tropa son probablemente los que desaparecieron por esa fecha de un arsenal de Magdalena cuando se había dispuesto inutilizarlos antes de terminar en las vitrinas del Museo Histórico Nacional.

En este episodio de los fusiles parece haber intervenido el cabo desertor Elio Chiapucciero –"Chapucero" en las crónicas intencionadas de la época y en la tradición oral– que se convertiría en ladero fiel de Rosca y figura insoslayable de la campaña. Chapucero no sólo se presentó espontáneamente para ofrecer las armas "que sabía cómo conseguir" sino que se ocupó de reclutar entre los desocupados de la crisis que ya se venía, la tropa o la comparsa de extras que necesitaba la ambigua empresa de Rosca.

En realidad, fue el desaforado cabo desertor, un veterano de campañas inexistentes, el loco necesario para llenar de contenido lo que era sólo una fantochada.

Hacia finales de la primavera, todo estuvo listo. Sin embargo, la partida desde Buenos Aires no tuvo el brillo que Rosca había soñado: la Plaza de los Dos Congresos embanderada y un palco poblado de autoridades saludando el paso marcial de sus hombres, el relumbrón del sol de diciembre en la grupa de sus cabalgaduras.

En una resolución que sólo era la primera muestra de las dificultades que acompañarían como una sombra el desarrollo de la expedición, a último momento la municipalidad de Buenos Aires no autorizó la circulación de caballos y piezas de artillería por las calles céntricas.

Ajustado de presupuesto, Rosca optó por el mal menor: fletó animales y enseres por ferrocarril hasta Azul mientras jefes y tropas se apretaban en media docena de sudorosos camiones alquilados.

Finalmente, ante la curiosidad y el desconcierto de la población que se fue reuniendo espontáneamente alrededor del campamento montado en las afueras de Azul, Rosca y sus hombres partieron en campaña la madrugada del 4 de diciembre de 1929.

V

Un par de boyeritos y un veterano rastreador de la zona incorporados a último momento fueron de más utilidad que los viejos e ilegibles mapas militares para guiarse, siempre en dirección al sudoeste, por los polvorientos caminos vecinales.

Toda empresa aventurera supone la dificultad previa, necesita de un obstáculo a vencer, la oposición de cualquiera de las manifestaciones genéricas del Mal que la justifiquen. Para que haya héroe ha de haber un malvado. Y el problema del general Rosca, convertido en obsesión una vez superadas las peripecias para proveerse de gente, dinero y equipamiento, fue encontrar al enemigo.

Enseguida quedó claro que aunque la expedición no trataba de alcanzar un objetivo militar –por otra parte inexistente– se proponía, desde el momento mismo de su concepción, una tarea aún más desmesurada: conjurar con su gesto un ademán simétrico del otro lado, materializar a esos bravos y fantasmales pampas perdidos en el polvo del tiempo y la metafísica llanura.

Desde esa perspectiva –y desde cualquier otra, en realidad– la aventura fue un fracaso que sólo los delirios consignados en el sospechoso diario de campaña atribuido al general tratan en vano de disimular. Por otra parte, los siete meses que duró la devaluada cruzada de Rosca y el fervoroso Chapucero –comenzó cabo, terminó coronel– no han dejado demasiadas huellas en la memoria de los pobladores de la zona ni en las publicaciones de la época. Así, es difícil poder reconstruir el itinerario preciso que siguió la tropa, los incidentes que debió afrontar y las circunstancias que la convirtieron al poco tiempo en una raleada banda de alucinados.

Ya en los primeros días de enero llegaron a Bahía Blanca –a pie y en estado lamentable después de recorrer más de veinte leguas– los primeros desertores. Los tres reclutas casi adolescentes, fugados de un orfanato de Quilmes e integrados a las filas por Chapucero con promesa de protección, contaron una historia que nadie creyó. De su ingenuo relato, –cuya síntesis sería: "Nos escapamos antes de que los indios nos mataran"– se deduce que optaron por abandonar el servicio ante la inminencia del choque con inusitados salvajes. Y es allí donde aparece por primera vez mencionado el nombre del furibundo Bartolomé Chilquén.

VI

Mítico capitanejo mapuche, el octogenario cacique veterano de los últimos malones del siglo XIX había enterrado la lanza y –mal y tardíamente evangelizado– se dejaba estar por entonces en tierras muy lejanas a las suyas, prestadas por el fisco en la ladera sur de la Sierra de la Ventana. Allí, el puñado de familias que reconocía su liderazgo cultivaba una decena de hectáreas y se dedicaba a la cría de caballos y a la confección rutinaria de ponchos y artesanías sin arte ni mercado.

Puede suponerse que Rosca había previsto un saludo formal, una simple visita a la reserva salvaje dentro del itinerario de la expedición. Al menos eso se desprende del diario de campaña: "Hacia el atardecer del 21 de diciembre avistamos hacia el oeste las tolderías de Chilquén y, ante la fatiga de la tropa, opté por acampar esa noche a orillas de un arroyo para asearnos y reponer energías. Nos esperaba un emotivo día de fiesta", consigna el general. Nada indica una actitud agresiva.

Hay otra hipótesis, sin embargo, descabellada aunque más plausible teniendo en cuenta a los personajes implicados y cómo se desarrollaron después los hechos: Rosca y el beligerante Chapucero sabían de la fama del bravo Chilquén y fueron –sin aviso ni embajadas– directamente a buscarlo. Cuando el mapuche vio una polvareda hacia el levante, apoyó la oreja en el suelo y sintió un rumor inconfundible que venía de lejos en el tiempo. Él, que había visto y oído a pie firme lo inaudito cuando llegó el ferrocarril y supo lancear a un Ford T que se atrevió a cruzar sus tierras, no pudo soportar la visión de esos fantasmas que venían por él después de medio siglo. Supersticioso –o demasiado realista tal vez–, no creyó en la materialidad de lo que veía. Y entonces huyó.

A la mañana siguiente, Rosca y su gente pisaron los fuegos mal apagados que echaban un clásico humo gris en medio del campamento vacío, tibio todavía, y vieron el temor en los gestos de los viejos indios rezagados que los observaban incrédulos, semiocultos entre la arboleda contigua. Los falsos soldados interrogaron a un par de ellos y creyeron o quisieron ver en el silencio un gesto hostil. Hubo insultos, alguna mano que se arrimó al sable y pronto palos y piedras que volaron anónimos desde los pastizales. La carga de caballería que respondió a la agresión –tres jinetes que se embarraron hasta la verija en el lodazal que anticipaba la laguna cercana– no encontró enemigos mayores de diez años.

A partir de este episodio la difusa campaña tiene una dirección y un infructuoso objetivo: encontrar a Chilquén. Sólo esta obstinada vocación perseguidora justifica el dibujo que va dejando sobre el mapa de la zona el imprevisto itinerario de la tropa: un zigzag violento que pareciera ir cosiendo toscamente sobre el pespunte del límite vertical entre Buenos Aires y La Pampa, primero de sur a norte hasta Villegas, luego de regreso como quien asegura una costura.

La carga contra los jabalíes en Casbas, la reconstrucción parcial y el repoblamiento por dos semanas del fortín La Humedad –por entonces ya lugar histórico– hasta ser desalojados por la policía y la irrupción de la hambrienta caballada en un partido de fútbol en Villa Iris con el consabido escándalo son episodios recordados con más cariño que ironía por los pobladores de la zona, saturados de monotonía.

Pero el fervor de las arengas de Chapucero a la cada vez más diezmada tropa, la hermética obstinación de Rosca en hallar a los infieles que le jugaban a las escondidas y la increíble lealtad de una decena de alucinados que lo seguían tuvo una vez –sólo una vez– recompensa.

Fue a la salida de Puan, en la chacra de don Bermejo Gómez, un domingo de fines de verano, a la siesta. La descripción del diario de campaña no puede ser más gráfica: "Desde atrás de un maizal, entre los ladridos de los perros y el desbande de las batarazas de la chacra, entre ocho y doce pampas bien montados, cargaron sobre nosotros". La tropa descansaba dispersa entre la arboleda a un costado del camino después de un asado de cordero y media docena de damajuanas de vino, cuando alguien pegó el grito. Se agruparon los hombres de Rosca y aguantaron mal que mal la primera embestida. A los gritones y veteranos indígenas reclutados por Chilquén, que acompañó el incidente al trote y puteándolos en castellano, les sobraba rabia. Sin embargo, les faltaron vigor y gimnasia guerrera.

Cuando los salvajes volvieron por más, el polvo levantado y el yuyal crecido colaboraron en la confusión del entrevero. Hubo ostensibles borrados, menudearon las corridas, los bolazos al aire y las balas perdidas en una especie de danza imprecisa de gritos y sablazos en la que prácticamente todo el mundo quedó de a pie y a los revolcones.

Ya sea por torpeza o por falta de armas aptas, el combate se deshacía en empujones, zancadillas y cabezas machucadas en el cuerpo a cuerpo, cuando una lanza se clavó cimbreante a los pies de Rosca. Levantó la mirada y con el sol a sus espaldas, recortado contra un cielo enceguecedor, allí estaba Chilquén, soberbio y distante a veinte metros. "Vi los ojos inyectados en sangre, el odio ancestral de una raza indomable en la expresión del salvaje" dice el general con minucioso e improbable detalle en la parte más atractiva de su diario. Después pretendió ir en busca de su enemigo, pero el mapuche dio desdeñosas grupas a la reyerta y con un grito ordenó la retirada.

Al ver cómo los últimos salvajes escapaban saltando un tapial que daba al cementerio de Puan, el general Rosca sintió que había tocado el dobladillo del vestido de la Gloria.

Durante los cuatro últimos meses de campaña que siguieron a la escaramuza de Puan, cualquiera haya sido su auténtica envergadura, el general Rosca jamás volvió a encontrar a los indios. El fantasma emponchado del escurridizo Chilquén lo acompañaría hasta el final de sus días.

En su marcha hacia el sur, la expedición fue deshilachándose, perdiendo hombres y sentido. La soñada epopeya se hizo cada vez más improbable y los episodios que ha recogido la prensa sobre la marcha tienen el equívoco tono de lo grotesco.

El diario *La Arena* de Santa Rosa, en su edición del 25 de abril de 1930, describe el sorpresivo ataque "de una turba de disfrazados" al circo de los Hermanos Villalba en un descampado de Salliqueló. Según el periódico, el saldo de la incursión punitiva contra los trashumantes, cuyo único aparente delito había sido armar su carpa durante la noche en las cercanías del campamento del general Rosca, fue de dos enanos prisioneros, un domador molido a talerazos y la trapecista incorporada al contingente como cuartelera, un detalle no previsto al partir de Azul. Cuatro caballos y una foca, únicos animales del modesto ringlín pampeano, también fueron secuestrados.

La foca animó los fogones de la tropa desde un fuentón con ruedas durante semanas, hasta que alguien, cansado de arrastrar el tacho a través de la Patagonia, tuvo la desgraciada idea de tirarla a las aguas del Colorado. Nunca más se supo.

Lo que vino después fue el final previsto y desprolijo, la deriva hacia una módica delincuencia. Cuando el suboficial de policía Restelli los internó, a Rosca, Chapucero, uno de los enanos que se les habían unido y dos veteranos en el frío calabozo de la comisaría de Zapala, el cargo era "Intento de robo de un ternero en la chacra de Pereyra". Así de escueto y definitivo.

La perspectiva era encarar un invierno irreversible pero Rosca se movió con sus restos de lucidez para malvender lo que le quedaba, coimear a un funcionario provincial de Justicia y conseguir una orden de arriba que los librara del escarnio público.

Los mandaron a Buenos Aires en la dura tablita de la tercera del Roca para que miraran desde la ventanilla la Nada que empecinadamente habían conquistado. Recién entonces, con la frente apoyada en el frío vidrio de la ventanilla y la mano izquierda perdida en el pelo pajizo de la trapecista que dormitaba apoyada en su hombro, el malogrado general Rosca, sin caballo ni uniforme, sintió que su sueño de gloria había terminado.

Dicen que hizo cola infructuosa en las antesalas de Yrigoyen. Del último Yrigoyen. Nadie le hizo caso, nadie dio lugar a sus reclamos. Ni siquiera los militares, ocupados como estaban en inaugurar el golpe de Estado, una aventura que hasta el impredecible coronel Chapucero hubiera desautorizado. Pero ésa ya es otra historia, triste, repetida y sin la locura romántica del general Rosca.

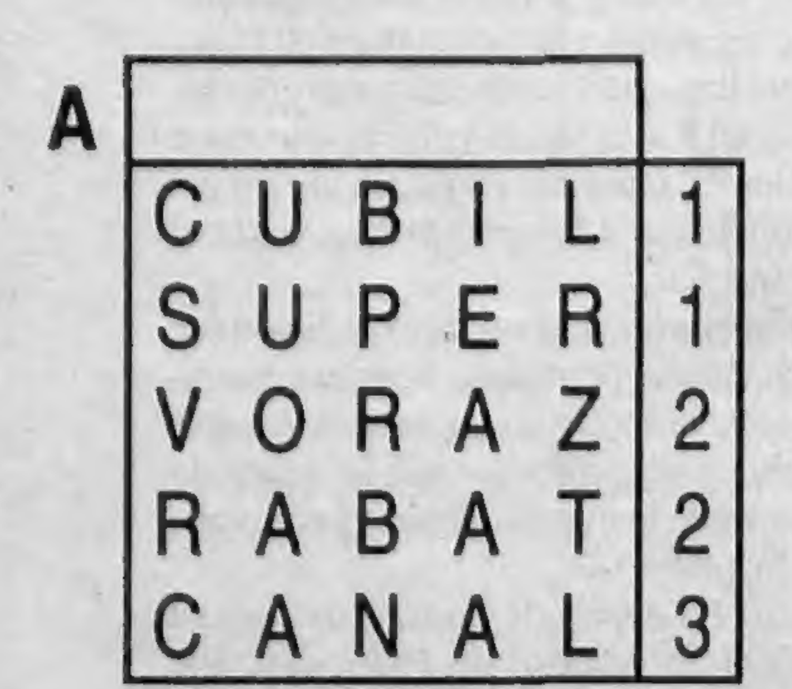
Cuando murió –o se lo dio por muerto junto a media docena de desaparecidos– en el naufragio de una lancha en el Tigre el verano siguiente, Rosca y su hueca epopeya no merecieron siquiera la mención de los grandes diarios, incluso de *Crítica*, que lo había empujado al desierto y prestado su bandera. Tuvo que venir un yanqui, casi dos décadas después, a contarnos prejuiciosamente una aventura demasiado estúpida o patética para nuestros oídos.

Cornelio Rosca no tiene tumba ni fotografía inequívoca que lo recuerde. En la plaza marchita de un pueblo de la provincia de Buenos Aires, las palomas se ensañan con la estatua ecuestre inventada por un anónimo artista francés que no lo conoció. ■

Palabra Oculta

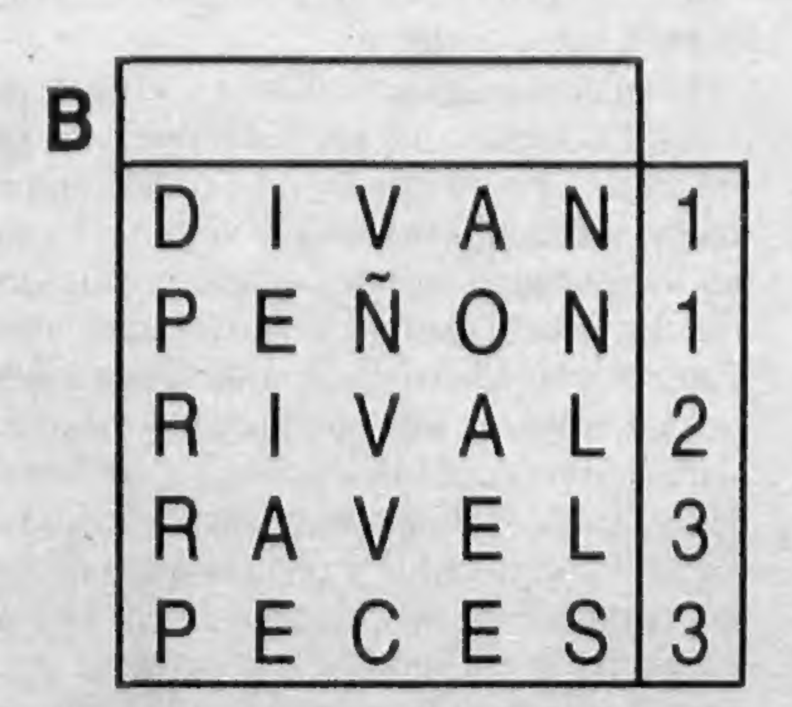
Deduzca la palabra de cinco letras que debe encabezar cada diagrama, a partir de las palabras-pistas que aparecen debajo. Los números indican cuántas letras en común y en la misma posición tiene cada pista con la palabra buscada. (Si hay letras en común, pero en lugar incorrecto, no se tienen en cuenta). En cada caso, la palabra buscada se forma únicamente con letras que figuran en su correspondiente diagrama. Una vez resueltos los cinco primeros casos, pase las palabras halladas al diagrama F, situándolas en las líneas respectivas, y deduzca finalmente la palabra que debe encabezar ese último diagrama.

A



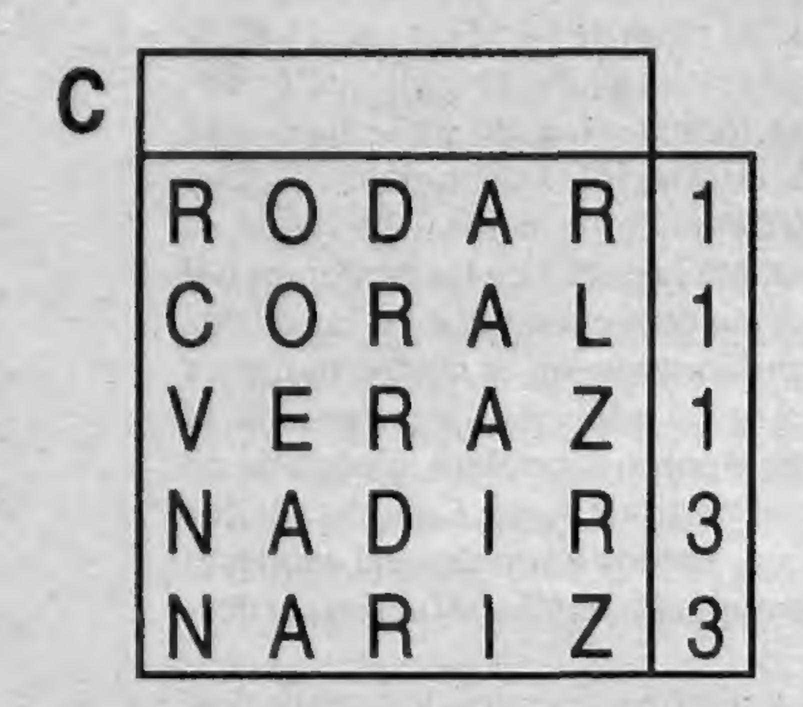
C U B I L	1
S U P E R	1
V O R A Z	2
R A B A T	2
C A N A L	3

B



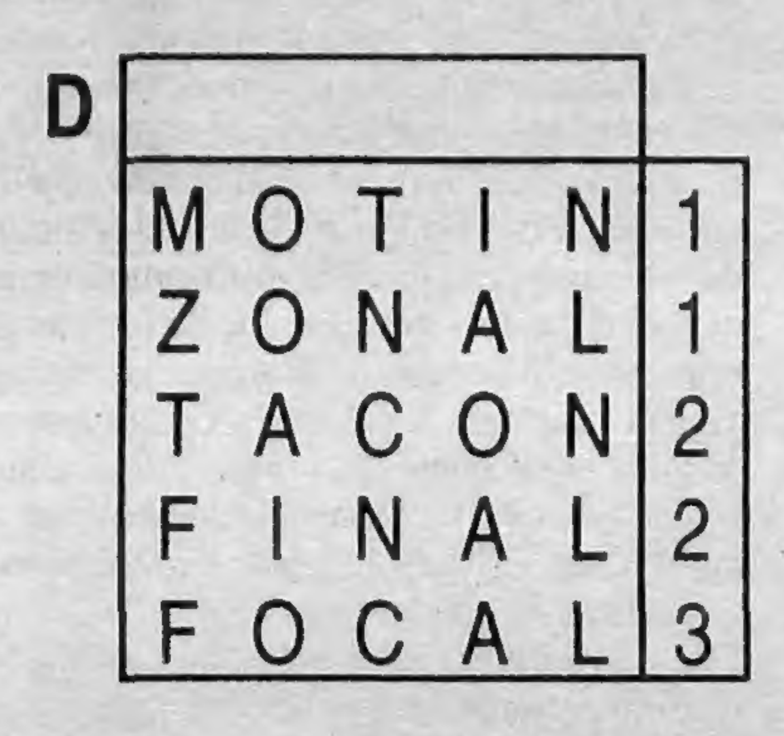
D I V A N	1
P E Ñ O N	1
R I V A L	2
R A V E L	3
P E C E S	3

C



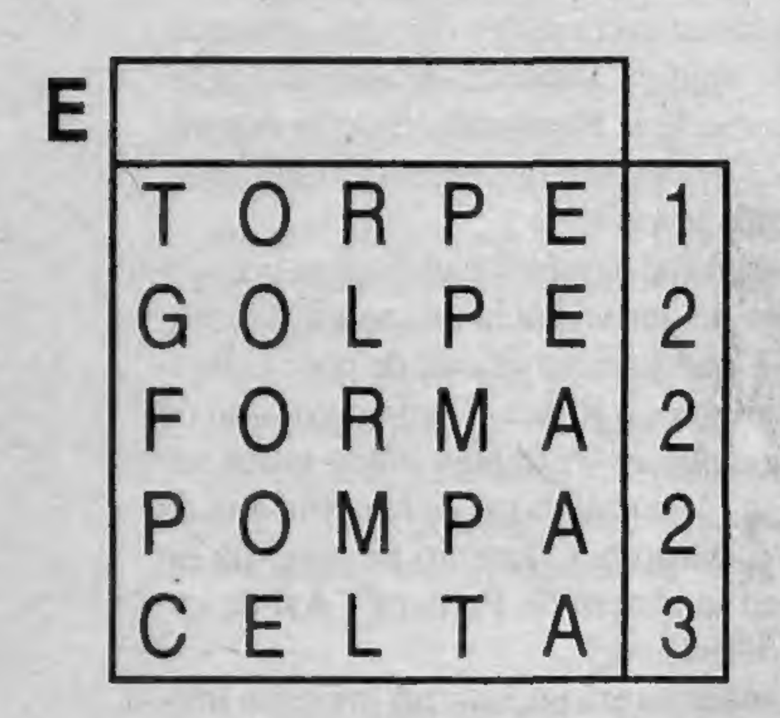
R O D A R	1
C O R A L	1
V E R A Z	1
N A D I R	3
N A R I Z	3

D



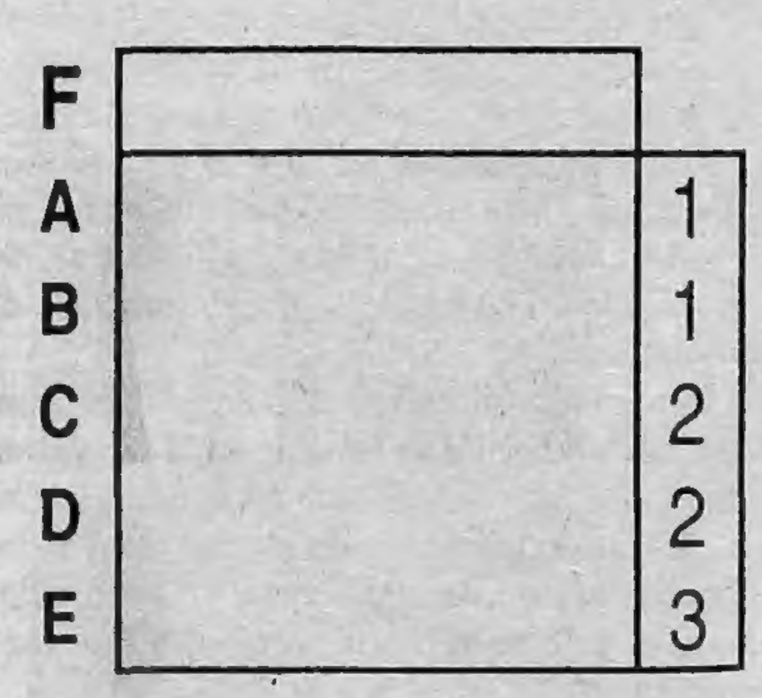
M O T I N	1
Z O N A L	1
T A C O N	2
F I N A L	2
F O C A L	3

E



T O R P E	1
G O L P E	2
F O R M A	2
P O M P A	2
C E L T A	3

F



A		1
B		1
C		2
D		2
E		3

Anónimo veneciano

Cierto playboy italiano fue asesinado en su palacete cercano a la plaza de San Marcos. Lo único que sabe la policía es que, durante el día, recibió a tres visitantes y que el homicida es quien lo visitó en último lugar, Deduzca cómo es cada sospechoso y, de paso, quién es el asesino, sabiendo que:

1. Prizzi es rubio.
2. El atlético joven de pelo rojizo lo visitó justo antes que Zinni. Ninguno de ellos dos vestía de negro.
3. El de pelo castaño estuvo antes que el gordo.
4. El de gris (que no tiene aspecto enclenque) estuvo antes que el de azul.

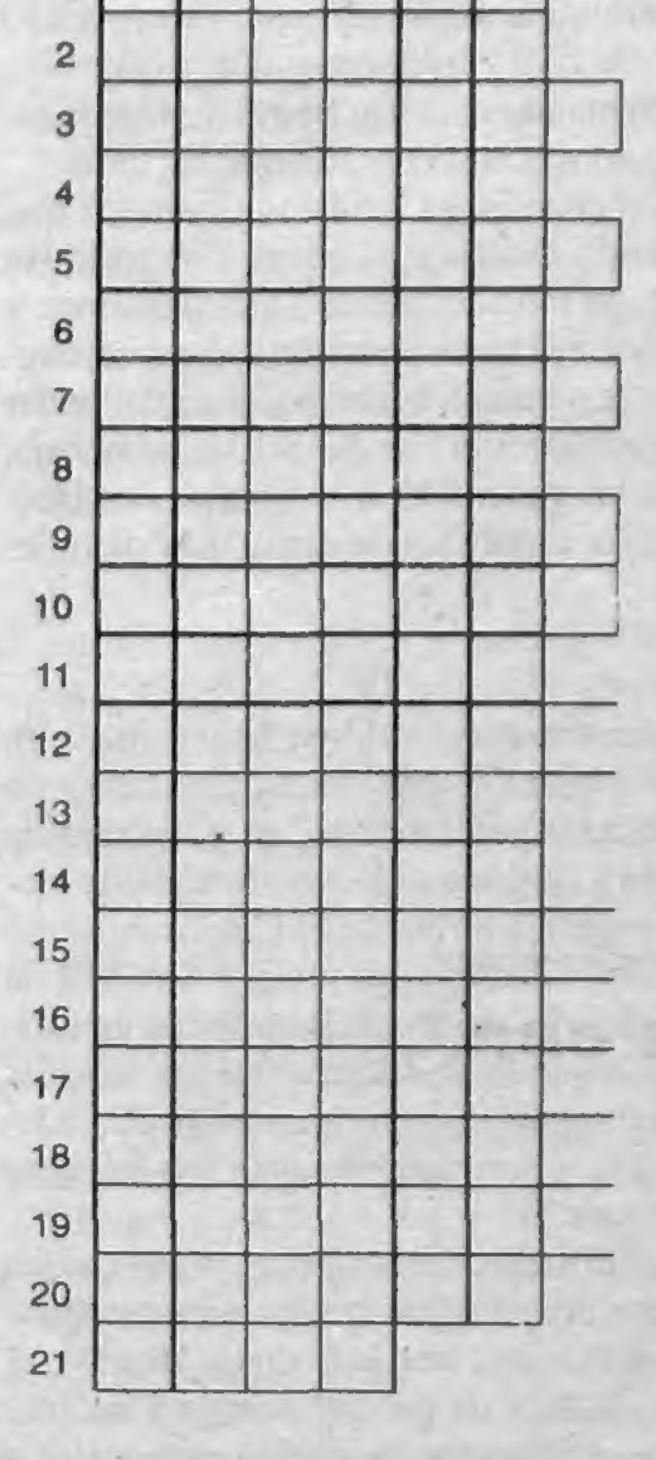
VISITANTE	CABELLO	FISICO	TRAJE
CHITTI			
PRIZZI			
ZINNI			

Grilla enigmática

En las definiciones de esta grilla encontrará intercalaciones (El MORO CHOcó con el moreno = MOROCHO), juegos de palabras (Entrega en la raDA=DA), acertijos (Fue don Corleone = BRANDO) y anagramas (donde deberá buscar otra palabra con las mismas letras que una dada pero en otro orden: CAMARAS = MASCARA). Estos últimos están indicados en negrita. En las columnas señaladas aparecerá una frase. Como ayuda, van las sílabas que forman las palabras buscadas.

DEFINICIONES

1. Una **moneda** en cierta ciudad de Italia.
2. Caliente comida para el flaco y enfermizo.
3. **Ven duro** al de nervios fuertes.
4. Vocal colocar en contra.
5. Ansia de beber y ser para el que está sentado.
6. La dama **alta me** lleva la valija.
7. **Arengo a** ese mahometano.
8. Hay sólo dos ocas en el lugar barroso.
9. Hizo dicha maqueta para que la columpie.
10. **Lucio da** líquido algo ácido.
11. Va a colocar celadores en la prisión.
12. El **pie curó** a este gran filósofo.
13. No ve nada tras la octava.
14. Con calcio, lantano y molibdeno hace una pluma.
15. Por fin, Diana fue a este estado de EE.UU.
16. **Nos peló** con la punta de la proa de la nave.
17. Elena va jadeando con la cuchilla para afeitar.
18. Entregues lazo apretado al que no tiene ropas.
19. —**Ese tuco** es bueno —dijo, estricto y sin adornos.
20. **Ni alza** la simiente del lino.
21. El nombre de la mujer de Ginés.

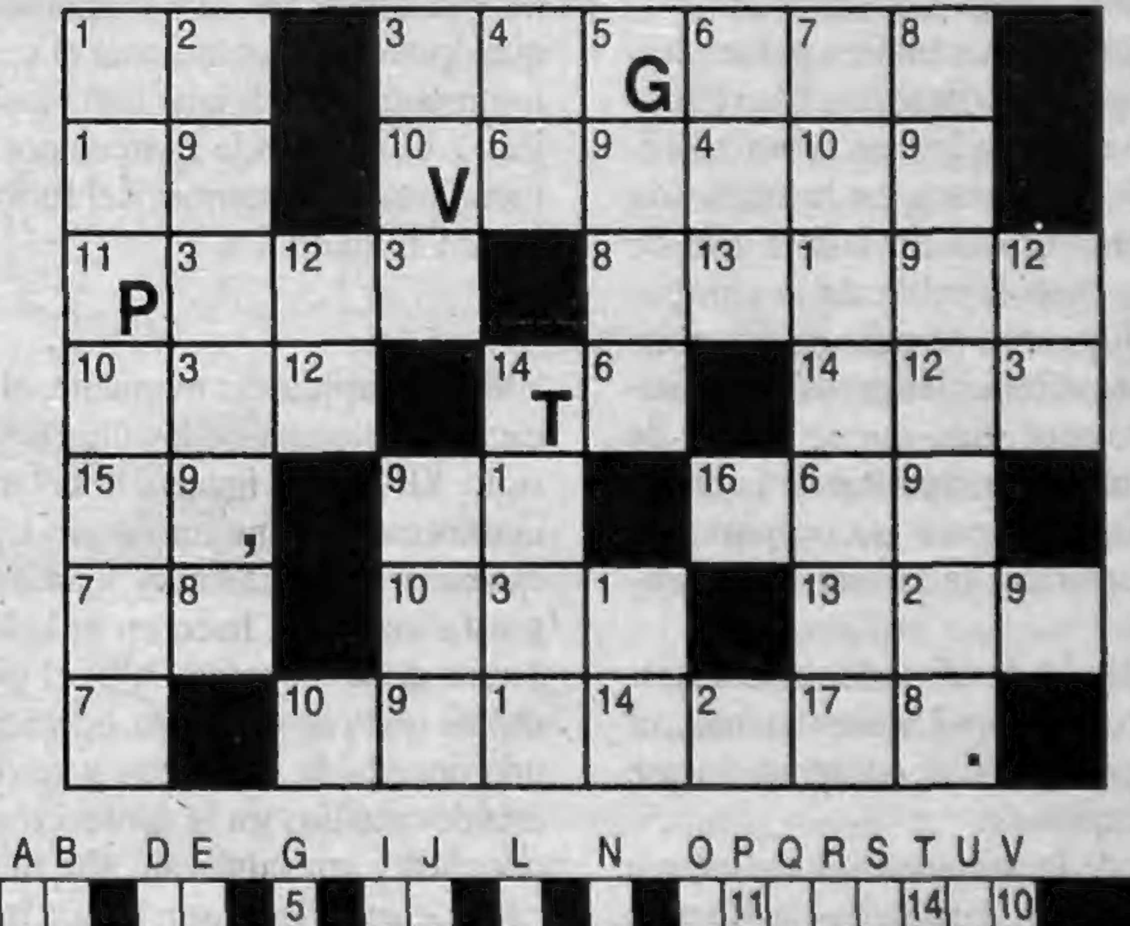


SILABAS

a, a, cá, cár, cel, cí, co, cu, cue, de, den, des, dia, do, do, do, du, E, en, es, es, ga, ha, I, In, ja, la, le, li, lo, lo, lón, ma, ma, mo, Mó na, na, na, na, na, ner, ner, nés no, no, nu, o, pi, po, po, que, re ro, se, so, ta, te, te, to, va, ve, vu za

Criptofrases

En cada esquema se esconde una frase. A igual número corresponde igual letra. Como ayuda va un cuadro auxiliar en cada caso, con las letras que intervienen.



Soluciones

Anónimo veneciano

Chitti, rojizo, atlético, gris.
Prizzi, rubio, gordo, negro (este es el asesino).
Zinni, castaño, enclenque, azul,

Palabra Oculta

A. Capaz.
B. Revés.
C. Cádiz.
D. Fácil.
E. Felpa.
F. Feliz.

Grilla enigmática

1. Módena. 2. Enteco. 3. Nervudo. 4. Oponer. 5. Sedante. 6. Maleta. 7. Agareno. 8. Lodoso. 9. Hamaque. 10. Acídulo. 11. Cárcel. 12. Epicuro. 13. Novena. 14. Cálamo. 15. Indiana. 16. Espolón. 17. Navaja. 18. Desnudo. 19. Escueto. 20. Linaza. 21. Inés.

"Menos mal hacen cien delincuentes que un mal juez."
Francisco de Quevedo.

Criptofrases

"Si alguno se vuelve para observar tu traje, es que no vas bien vestido." George Bryan Brummel.

